

Un detective suelto en el estadio

Liliana Cinetto



Detective de alma

Si no hubiera sido por el Piojo Cáceres, tal vez nunca habría ido aquella tarde al estadio de fútbol y no me habría metido en el tremendo lío en el que me metí. Y en el que metí a mis amigos y, además, a... Sin embargo, fui al estadio, algo raro en mí porque no soy para nada futbolero. Y no solo por ser el peor patadura de los pataduras, sino porque, aunque parezca un bicho raro, el fútbol no me interesa en lo más mínimo.

La única vez que fui a la cancha me aburrí tanto que me quedé dormido en la tribuna. No me despertaron ni los gritos de la gente que protestaba por una falta mal cobrada o por un penal errado que terminó en la estratósfera. No tengo ni idea de quién va puntero en la tabla o quién salió campeón en el último torneo y no miro partidos por televisión excepto, a veces, cuando juega la selección nacional y solo porque me lo propone y me insiste Federico Dávila, mi mejor amigo desde preescolar. Ni siquiera me divierte jugar a “Campeones mundiales III”, “Soccer Masters” o “Leyendas universales del balón” con la consola Súper X 4 K Evolution que tiene el Piojo, que sí es recontrafanático futbolero.

Lo cierto es que, a pesar de mi falta de interés en el fútbol, terminamos todos metidos en el lío del estadio por otra razón que no tiene nada que ver con el deporte. Y es porque yo soy detective de alma. O tengo alma de detective. Desde chiquito decidí que iba a convertirme en uno. Y sueño con que, algún día, tendré una lujosa oficina con un cartel en la puerta donde se lea en grandes letras doradas:



En realidad, mi nombre es Alejandro Salotti. Pero, como siempre explico, Alex suena mucho más exótico, más sofisticado, más apropiado para un investigador de fama mundial como pienso llegar a ser.

Quizás por eso, como cualquier detective, soy un gran observador y estoy siempre en busca de detalles sospechosos, situaciones fuera de lugar, misterios para develar, pistas que seguir, casos que resolver... Y en cuanto veo o escucho algo que me llama la atención...

—Sherlock Holmes al ataque —me dicen el Piojo y Federico.

Y es así. No puedo evitarlo. Como aquella tarde en el estadio de fútbol, cuando fui con ellos. De mala gana, eso sí. Entonces ocurrió lo que siempre me pasa. En cuanto noté algo extraño, algo que no me cuadraba, algo que no

me convencía, empecé a investigar igual que hubiera hecho Sherlock, mi ídolo indiscutido, el personaje de Arthur Conan Doyle, que es como el Messi de los detectives. De él aprendí muchísimo. De Holmes, no de Messi.

Como uno nunca sabe cuándo puede surgir un caso que requiera de un detective, llevo siempre una lupa que me regalaron para mi cumpleaños, unas pinzas de depilar que le saqué a mi hermana mayor (que todavía está buscándolas) para no estampar mis huellas digitales en las pruebas del delito, un par de bolsas de plástico para preservar esas pruebas... Y, por supuesto, una libreta en la que anoto los datos que puedan ser de utilidad en una investigación.

No solo aprendí estas cosas porque miré absolutamente todas las series y películas en las que aparece el más célebre de los detectives. Todo el tiempo busco otras pelis o series policiales, incluso algunas viejas que también me encantan, como las del pelado Kojak, que no tiene un pelo de tonto, o las del desgreñado Columbo, que se hace el despistado y necesitaría peinarse un poco y tal vez bañarse más seguido, pero es infalible cuando se trata de atrapar a un asesino.

También leo muchísimas historias con detectives. Las de Sherlock casi me las sé de memoria. Y además conozco la mayoría de las de Agatha Christie en las que Hércules Poirot, a último momento y a pesar de las numerosas pistas falsas, descubre siempre al culpable.

La que me ayudó mucho para ampliar mi horizonte detectivesco (y literario) fue la señorita Domínguez, mi profe de Literatura. Aunque no lo demuestra demasiado, porque no es muy expresiva, me aprecia mucho desde que se dio cuenta de que soy un gran lector.

—Ya que le gusta el género policial, alumno Salotti, debería incursionar en las novelas de Raymond Chandler, Henning Mankell o Andrea Camilleri —me aconsejó, torciendo la boca en un gesto que es lo más parecido a una sonrisa que puede hacer—. O en autores escandinavos que son especialistas en el tema. Son historias más complejas, pero confío en su capacidad. Puedo prestarle incluso varios libros de mi biblioteca personal.

Acepté sus recomendaciones, que siempre son excelentes. Y así entré al oscuro universo de Philip Marlowe y el policial negro (que no sabía qué era, pero después lo aprendí), conocí al comisario Montalbano, de Sicilia, que tiene su carácter, al inspector sueco Kurt Wallander... Por supuesto, esas historias me encantaron y, al terminarlas, las comentaba con la señorita Domínguez, que siempre me había dado un poco de pena porque la veía sola, en un rincón de la sala de profesores, sin hablar con sus colegas. La cuestión es que a mí me caía bien y cuando conversaba conmigo parecía ponerse contenta. Tal vez por eso, ella me protegió varias veces cuando me metí en los líos que ocasionaron mis primeras investigaciones. Es que, a falta de un caso real, al principio me dediqué

a entrenar mis habilidades en el colegio. Fue de ese modo que descubrí hechos no demasiado trascendentes, pero que, al hacerlos públicos entre mis compañeros, generaron un poco de fastidio de los profesores. Averigüé, por ejemplo, que el de Inglés tiene mal aliento porque no lava seguido sus dientes, que la de Biología se come las uñas cuando se pone nerviosa, que el profesor de Química va al baño y resuelve crucigramas sentado en el inodoro mientras hace... Lo peor fue cuando descubrí el romance entre la anterior jefa de preceptores, la señorita Adelaida, y Marinani, el profe de Geografía. Ahí sí que se armó un lío tremendo del que me salvé gracias a la señorita Domínguez.

Mis intercambios con ella generaron, al principio, las burlas de mis compañeros, que me decían: “Ahí va el *nerd* con su novia”, comentarios que yo ignoraba, por supuesto, porque “A palabras necias, oídos sordos”, como dice mi mamá.

De todas maneras, tuvieron que tragarse sus bromas muy pronto, cuando me volví popular y hasta aparecí en las noticias por resolver casos verdaderos y peligrosísimos, como el del museo o el del colegio. Porque al final lo de la jefa de preceptores y el profesor de Geografía, Marinani... Pero me estoy yendo por las ramas, como dice la señorita Domínguez. Y, además, todo eso ya lo conté. Y lo que ahora quiero contar es el asunto del estadio y del lío tremendo en el que nos metimos el

El estadio

Piojo Cáceres, Federico Dávila y yo, además de... Me estoy adelantando, y eso también me dice la señorita Domínguez que no debe hacer un buen escritor.

—Es que yo no voy a ser escritor —le repito una y mil veces—. Porque yo soy detective de alma.

10 Y lo demostré cuando, aunque el fútbol no me interesa un pepino, fui aquella tarde al estadio con mis amigos y descubrí lo que descubrí.

Todo comenzó aquel viernes a la tarde. Teníamos que reunirnos en casa para hacer un trabajo de Historia. Fede llegó más temprano que el Piojo, que, cuando al fin apareció, media hora después del horario en que habíamos quedado, estaba eufórico.

—Se me dio, chicos. Al fin... Yo sabía... Estaba seguro de que iba a lograrlo. Bueno, seguro seguro no, pero me tenía una fe... Es que es mi sueño. Después de tantos años de jugar en el club del barrio.... Que yo lo disfruté igual, claro... Por la pasión, aunque esto... Esto es una oportunidad bárbara. Y a lo mejor... Lo pensé cuando vino el ojeador.

—¿Quién? —pregunté porque no entendía nada del delirio verborrágico de mi amigo.

—El reclutador —aclaró él—. Estuvo hace unas semanas en la canchita donde juego desde los cinco y se quedó todo el partido. Me parecía que me fichaba, por eso lo dejé todo. Y ahora se me hizo realidad.

Como Fede y yo nos mirábamos porque seguíamos sin comprender, le pregunté:

—¿De qué hablás, Piojo? ¿Quién es el ojeador o el reclutador?

—La persona que va a los clubes en busca de jugadores con talento. Solo los grandes equipos tienen personal especializado en eso.

Entonces, nos mostró un e-mail en el que lo convocaban para las pruebas que se realizarían al día siguiente en el estadio supermonumental del Club Atlético y Deportivo Forjadores de Campeones.

Reconozco que mis conocimientos futbolísticos son mínimos, casi inexistentes. Por eso el nombre del club no me aclaró nada. Jamás había oído hablar de él ni de su supuesto superestadio.

—Con los cambios que hizo la asociación de fútbol, el Club Atlético y Deportivo Forjadores de Campeones, que había descendido hace años a la B, ahora juega de nuevo en Primera A, a la altura de los más grandes. Y a mí me van a probar para las Inferiores. En la séptima o en la octava categoría.

Lo felicitamos, claro. Porque es nuestro amigo y porque ese siempre fue su sueño. Y, según Fede, el Piojo es talentoso. Se destaca cuando juega. Y entrena muchísimo. Así que se lo merecía y era esperable que en algún momento tuviera una oportunidad de entrar en un club importante. Lo que yo no esperaba es que nos pidiera que lo acompañáramos a las pruebas.

—Yo te deseo lo mejor —le contesté—. Pero viste que a mí no me va mucho lo del fútbol.

—Es que estoy muy nervioso. Y ustedes podrían darme aliento desde la tribuna. Me motivarían... —Y, como yo seguía dudando, agregó—: Además, a mí tampoco me va lo de los detectives y, sin embargo, siempre te puse el hombro cuando decidiste investigar lo del colegio y lo del museo. Fui un poco como tu ayudante, como tu... ¿cuál era el nombre? ¡Ah! Tu Guasón.

—Watson —lo corregí, porque a veces el fútbol le tiene ocupadas todas las neuronas y no le permite retener más información—. Guasón es un personaje de Batman.

—Eso, tu Watson. Los dos te apoyamos y nos metimos en unos líos tremendos y peligrosos. ¿O no? —insistió señalando a Fede, que alzó los hombros.

—Tiene razón —admitió mi amigo—. Creo que hay que bancarlo en esta.

Suspiré profundo. El sábado quería leer *El ladrón de meriendas* y *La voz del violín*, dos novelas policiales de Camilleri que me había prestado la señorita Domínguez. La idea de pasarme la tarde mirando un partido o varios, o de toparme con algún energúmeno, como dice mi mamá, de esos que gritan desaforados en la cancha, no me atraía en lo más mínimo. Pero era verdad que el Piojo me había apoyado en todo momento y hasta había corrido peligro por mis investigaciones. Estaba en deuda con él. Además, es mi amigo. Y no quería defraudarlo.

—Está bien —acepté—. Vamos. Incluso estoy dispuesto a cantar “Dale, campeón, dale, campeón...”.

El Piojo saltaba feliz y nos abrazó.

—Gracias. Tengo un buen pre... pre... ¿Cómo se dice cuando sentís que algo va a salir bien, como una corazonada?

—Presentimiento —le dije.

—Eso. Como son las pruebas, permiten el ingreso con dos acompañantes o invitados sin pagar nada. Así ustedes, que nunca fueron, pueden conocer y recorrer el estadio, que es realmente monumental.

A mí, conocer las instalaciones y el estadio me entusiasmaba tanto como aprender sobre las costumbres de las hormigas del desierto del Serengueti o la floración del tomate en climas subtropicales, pero disimulé.

—Wow, genial.

Así que el sábado, a las dos de la tarde, los tres ingresamos al supermonumental estadio del Club Atlético y Deportivo Forjadores de Campeones, que de supermonumental tenía poco y nada. Más bien se lo veía un poco venido abajo, aunque era grande y parecía haber conocido tiempos mejores.

Al Piojo le tocaba el turno de las 16 horas para su prueba, pero quiso llegar con suficiente tiempo para hacer un recorrido completo. Nos mostró primero la piletta olímpica y después nos llevó a conocer las instalaciones que se encuentran debajo de las tribunas. Vimos las canchas de los demás deportes que se practican, los gimnasios, el bar y, justo a la altura del *hall* central, bajo una



escalera de mármol que sí era impresionante y que lleva a las plateas de los socios vip, la galería de la gloria. En una gran vidriera se exhibían diferentes trofeos ganados.

—Esa es la copa del torneo nacional del '87. Esa otra es la recopa del '91. Esa es la supercopa del '98. Aquella es la recontracopa del 2008... —nos explicaba el Piojo—. También está la copa nacional, la copa sudamericana, la copa de la Liga...

Me costó disimular el aburrimiento: los nombres de los 32.454.756 trofeos eran medio parecidos. Creatividad cero.

—¿Y en aquella parte qué exhiben? —lo interrumpí porque ya no soportaba la enumeración de copas.

—¡Ah! Eso es una joya —se entusiasmó el Piojo—. De este lado están las pelotas que se usaron en partidos importantes que llevaron al club a la gloria. Y en los cuadros de las paredes, las camisetas de los mejores jugadores de la historia. Está la del pelado Arias, que metió un golazo en el último minuto después del alargue en...

—Sí, sé que es una costumbre intercambiar camisetas al final de los encuentros, pero no imaginaba que las guardaban —comenté y no quise preguntar si por lo menos las lavaban antes de enmarcarlas o las dejaban todas olorosas y sudadas.

—Claro que las guardan —me contestó el Piojo—. Por la mística.

—¿Por la qué? —pregunté extrañado, porque me

llamaba la atención que el Piojo usara una palabra que no era común en su escaso vocabulario.

—Por la mística —repitió él y estaba por aclararme algo más...

Pero yo no lo escuché. Porque en ese instante apareció ELLA.

Ella

Me sorprendió verla ahí, en el estadio. Y vestida con la camiseta con el número diez, los pantalones cortos y los botines, igual que el Piojo. Si bien, desde hace unos años, las chicas juegan cada vez más al fútbol y hay campeonatos femeninos profesionales y hasta mundiales, no sabía que ELLA jugaba al fútbol. En realidad, apenas la conocía, porque había entrado ese año en el colegio. Sí había averiguado que se llamaba Sonia, dato fácil de obtener, claro, cuando uno es un detective de alma y cuenta con contactos e informantes como el Colorado Suárez, el hijo de la portera, que está al tanto de todo lo que pasa en el colegio gracias a su mamá. Con interrogar a un par de compañeros pronto me enteré también de que sacaba muy buenas notas y se destacaba como excelente alumna y que era un poco tímida y callada. Que le interesaban el arte y la cultura lo descubrí yo mismo porque la había visto ir seguido a la biblioteca, leer en los recreos y conversar con profes de materias relacionadas con esos temas, en especial con Marinani, con Alvarado, la de

Plástica, y sobre todo con la señorita Domínguez, que empezó a prestarle libros.

Sonia me había gustado desde que la vi el primer día de clases, con ese aire intelectual que le daban los anteojos al mejor estilo John Lennon que usaba para leer, el pelo largo, castaño clarito, que se enroscaba entre los dedos cuando estaba concentrada, y esos ojazos color miel que me hacían suspirar.

Jamás había logrado charlar con ella ni cinco minutos, y no porque yo no lo hubiera intentado. Es más: para impresionarla, me había acercado un día en que Sonia leía *El talento de Mr. Ripley*, una novela de Patricia Highsmith, y le había comentado mi afición detectivesca y mis éxitos en los casos del museo y del colegio. Pero ella, de manera muy amable, no había respondido más que con un “Ah, qué bien”. Y se había ido con sus amigas dejándome con la palabra en la boca.

—¿Esa piba no es la nueva? —preguntó Fede cuando la vio pasar delante de nosotros y saludarnos apenas con un movimiento de cabeza.

—Sí. Se llama Sonia. Raro encontrarla acá, ¿no? —comenté—. No me la imaginaba futbolera.

—Mmmmm... Parece que la estuviste investigando. ¿No, Fede? —bromeó el Piojo—. Nuestro detective está enamorado.

—No digas pavadas —lo reté para que no se notara mi interés en Sonia—. Mejor concéntrate en lo tuyo.

Como faltaba un rato para que le tocara el turno, el Piojo nos propuso ir a las tribunas a buscar un buen sitio y mirar las pruebas anteriores.

—De paso veo cómo es el nivel de los demás.

Subimos por la escalera de mármol y nos metimos por una de las arcadas que daban al estadio. La verdad es que me impresionó y, aunque quizás era exagerado el nombre de supermonumental, debo reconocer que se lo veía bastante imponente. Había mucha gente ya ubicada, pero encontramos unos buenos asientos en la platea baja, casi al lado del césped.

—Desde acá se puede apreciar todo bárbaro —aseguró el Piojo, que no podía disimular su nerviosismo—. Y yo los voy a ver a ustedes, que me van a mandar buena onda, ¿no?

—Claro. Te va a ir rebién —le dije para tranquilizarlo.

En ese momento la vi. Estaba cerca de nosotros, en un costado de la cancha, haciendo ejercicios de calentamiento, como los demás.

—¿Por qué hay varones y mujeres? —pregunté intrigado.

—Hasta cierta edad existen categorías mixtas —me explicó el Piojo—. A mí también me van a probar con chicas.

Un rato después, alguien con la camiseta del club llamó a todos al centro de la cancha, revisó un papel, tal vez una lista con los nombres, y les fue repartiendo pecheras de color verde o naranja, que fue la que le dieron a Sonia.